

## Crítica de libros

CARRASCAL, José María: *José Ortega y Gasset. Autobiografía apócrifa*. Madrid, Marcial Pons, 2010. 363 pp.

La expresión «autobiografía apócrifa» que figura en el título es un oxímoron en toda regla, con la particularidad de que esa figura literaria pasa a configurar todo el libro. Quien habla en primera persona ¿es el autor? Pero ¿quién es el autor? ¿O se trata de dos voces que cantan al unísono y de vez en cuando se permiten ensayar un breve contrapunto o incluso algún leve desafino?

José María Carrascal, reconocido periodista, con incursiones destacadas en otros campos literarios, especialmente en la novela y el ensayo, confiesa que, entre las fuentes de las que ha podido echar mano para urdir esta «autobiografía», un noventa por ciento corresponde a los escritos de Ortega, un seis por ciento a sus familiares, un dos a su entorno intelectual, siendo el dos por ciento restante recursos literarios para engarzar todo ello. Léanse estas proporciones a ojo de buen cubero, como previene el mismo «autobiógrafo». Quien busque mayor concreción puede acudir al Anexo de veintidós páginas que figura al final de la obra. Allí aparecen referencias sobre cada uno de los capítulos, necesariamente muy incompletas ya que parece obligado mantener cierta proporción entre este Anexo y el resto del escrito.

El libro va a ser una tentación irresistible para muchos lectores, sobre todo para los que se han sentido atrapados por la obra del más brillante filósofo español del siglo XX y han soñado, al leerlo, con lo que hubiera sido su auténtica autobiografía. Ciertamente ese escrito no existe ni podrá existir ya, pero esta misma afirmación debe ser matizada inmediatamente advirtiendo que Ortega y Gasset deja retazos de su vida, principalmente –como es bien sabido y subraya el narrador–, a lo largo de sus Obras Completas.

Sería interesante escuchar el comentario del propio Ortega ante el esfuerzo tan meritorio y en conjunto tan bien logrado del periodista, que no puede limitarse a ser simple amanuense, pero que se ha atado al personaje, a quien, después de todo, procura fotografiar e interpretar con la máxima fidelidad posible. Se trata, pues, de un trabajoso y apasionante ejercicio de empatía, de leer la vida de otro no sólo con sus ojos prestados sino desde la clave de su propio mundo interior y exte-

rior –de su yo y su circunstancia–, teniendo en cuenta lo que al propio Ortega le gustaba repetir: que no vemos con los ojos sino a través de ellos.

Ortega y Gasset no es de los filósofos que se suben a una nube para perderse en la pura abstracción desconectada de la vida. La razón vital, el perspectivismo, su lectura personalísima de autores que han dejado huella en la historia del pensamiento, sus ideas sobre el «yo», su visión política y, en fin, su preocupación por conectar con el hombre de la calle a través del periódico o de las tandas de «conferencias populares», hacen de él un pensador no sólo profundo y sutil, sino también cercano, un autor que sabe situarse en el polo opuesto al de aquel hombre del oficio que gustaba repetir: «Ya que no somos profundos, por lo menos seamos oscuros».

José María Carrascal intenta y consigue hacer mucho más que una crónica. Lo cronológico y lo anecdótico queda reducido a lo imprescindible. En cambio se detiene en los puntos más sustanciales: recorre la formación básica tanto intelectual como sentimental del joven Ortega; presenta el ejercicio de su vida profesional como hombre de pensamiento: la cátedra, los escritos, las experiencias; traza una síntesis de la situación política en la que le ha tocado vivir, haciendo un alto en la dictadura, la república y la guerra y ofreciendo su reflexión lenta y progresiva sobre los hechos. Todo ello mirado siempre al trasluz, intentando descubrir no sólo la piel sino sobre todo la entraña de los acontecimientos.

Como excelente periodista, acierta a sacar al primer plano una preocupación vivida intensamente por Ortega en la primera mitad del siglo XX y que es posible condensar en una sola palabra: España. También a él, como a Unamuno, le duele España. Y es consciente de que, como intelectual, está debiendo a su pueblo el resultado de sus intuiciones y sus reflexiones convertidas en luces de orientación política, ética, social, cultural, militar, económica. Y no como un *espectador* descomprometido que contempla los toros desde la barrera, sino como un filósofo responsable que comparte un momento histórico con su gente, sabe que España necesita ideas claras y actitudes firmes y pone manos a la obra para estimular a la práctica iluminando los principios que deben señalar el camino. Pero tampoco se queda ahí; reconoce sus limitaciones y colabora en la formación de auténticas élites en España, pues son las minorías selectas las que dirigen, ilusionan, marcan nuevas metas y descubren nuevos horizontes. En suma, este *espectador* es un intelectual comprometido, que se lanza al ruedo dispuesto a realizar la faena que le corresponde, bien seguro de que sólo desde la comprensión, la colaboración y el compromiso de todo un pueblo es posible llevar adelante el destino histórico de ese mismo pueblo. El lector actual que sobrevue-

le este tema concreto en la obra de Ortega se preguntará si no está descubriendo unos textos que todavía huelen a tinta fresca, como si estuvieran escritos para el aquí y el ahora de una sociedad necesitada de mentes lúcidas dispuestas a marcar una pista real tan ilusionante como llena de matices.

Muchas otras inquietudes del filósofo español van apareciendo a lo largo de todo el libro. Imposible dejar constancia de ellas. Baste aludir al planteamiento orteguiano de la cuestión de Dios, que trata siempre con libertad, interés y profundo respeto: «No era ni he sido nunca anti-religioso, pero tampoco he sido religioso», se lee en esta «Autobiografía». La expresión, más bien elemental, es quizá la única posible si se trata de limitarse a una frase. Si se quiere ir algo más lejos, tal vez quepa añadir un par de datos muy significativos: la distancia de Ortega frente al agnosticismo en *Dios a la vista* y la afirmación, para algunos desconcertante, del filósofo al hablar en *Sobre «El Santo»* de la fe del carbonero y del escepticismo también del carbonero: «Si aquella me mueve a compasión, éste suele infundirme asco; ambos, empero, me dan vergüenza».

Más allá de las transcripciones literales del filósofo, que el autor de este apócrifo ha ido introduciendo en la obra, era obligado que el propio autor tratara de imitar el estilo literario del biografiado, ya que todo el texto va escrito en primera persona y esta ficción exige que el lector se olvide de cualquier otra voz que no sea la del personaje que está narrando su vida. Un esfuerzo nada fácil, que también es de agradecer al firmante del libro.

Ángel Sanz Arribas

AMENGUAL, Gabriel: *Antropología filosófica*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2007. 464 pp.

La Biblioteca de Autores Cristianos ha abordado la valiente tarea de publicar una serie de manuales bajo el título genérico de «*Sapientia Rerum*. Serie de manuales de Filosofía». Gabriel Amengual, autor ya de obras importantes en el ámbito de la filosofía, ha escrito este manual, que aborda los problemas relacionados con el ser humano. En esta colección se han publicado además otros tres títulos: *Historia de la Filosofía Contemporánea* (Pintor Ramos), *Historia de la Filosofía Medieval* (Merino Abad) y *Ética* (Rodríguez Duplá).

Todo manual tiene ventajas e inconvenientes que se derivan del hecho de ser un manual, lo que le obliga a ajustarse a algunos criterios que suelen compartir este tipo de obras. Un criterio muy importante es

el de ofrecer un panorama completo de un ámbito bien delimitado del conocimiento, en este caso la reflexión en torno al ser humano. En este sentido, el libro de Gabriel Amengual cumple bien lo que pretende y nos ofrece esa visión general del área de la antropología filosófica; la exigencia de cierta exhaustividad no le impide alcanzar un buen nivel de profundidad por lo que va algo más allá de la simple presentación de los temas específicos. Proporciona elementos que invitan a una reflexión sobre lo que nos ofrece y va más allá de la pura tarea informativa.

Los inconvenientes más notables de los manuales suelen estar vinculados precisamente a su ventaja primordial. Al presentar una panorámica actual, en cierto sentido un estado de la cuestión que exige cierto eclecticismo y neutralidad, se pierde algo de la provocación que suele acompañar a las obras filosóficas en las que los autores exponen sus convicciones más sentidas y más elaboradas. Algo de esto hay en la obra que nos ocupa, pero bien es cierto que eso se nota más en el desarrollo de algunos capítulos que en el enfoque general. En la presentación hace el autor una opción clara y se decanta por la tradición fenomenológica, vinculando precisamente el nacimiento de la disciplina específica de la antropología filosófica a la obra de Max Scheler, *El puesto del hombre en el cosmos*. Es, desde mi punto de vista, una tesis harto discutible, salvo que se tienda a definir la antropología filosófica de tal modo que esa fecha de nacimiento sea algo obvio. Como es lógico, Gabriel Amengual reconoce y maneja una tradición filosófica muy anterior a esa fecha.

Este es el aspecto que parece más cuestionable y que gravita sobre todo los capítulos. Al optar por la fenomenología como eje vertebrador de su reflexión quedan fuera de su enfoque planteamientos que gozan de actualidad, lo que ayuda a entender que, por ejemplo, Julián Marías, Lévy Strauss o Derrida sólo merezcan una cita, que Carlos Díaz, Eugenio Trías y Víctor Gómez Pin no sean mencionados ninguna vez y que de Mosterín solo hable en las tres páginas dedicadas al «cuerpo biológicamente evolucionado», aunque estos cuatro son autores españoles con sugerentes textos sobre el tema que nos ocupa. Tampoco hay una mención de Dewey, quien también escribió un importante libro sobre la naturaleza humana y la conducta, aunque presta atención a Mead, quien, por cierto, no fue un conductista en el sentido que ese término ha adquirido con el paso de los años.

Cierto es que no se puede leer todo y que carece de sentido mencionarlo todo, pero también es interesante darse cuenta del posible sesgo que puedan tener las fuentes manejadas, pues de algún modo se indica lo que no se tiene en cuenta o las tendencias con las que no se dialoga. También es sugerente la selección que hace de las fuentes fenomenológicas: no son muchas las referencias a Scheler, menos a Levinas y a

Husserl, o a Sartre; quienes aparecen con más frecuencia son Aristóteles, Hegel, Heidegger, Kant y Ricoeur, los cinco citados en casi todos los grandes apartados del libro, lo que los convierte en fuentes principales. Sólo Heidegger entraría estrictamente en la corriente fenomenológica.

Del mismo modo es bastante discutible la caracterización que ofrece de la antropología filosófica. En primer lugar no parece muy sostenible la distinción entre esta disciplina y la filosofía del hombre, pues no acaba de ser convincente su afirmación de que esta última «tenía como fuente de su conocimiento la filosofía misma» (p. 22), mientras que la antropología filosófica parte de los hallazgos de las ciencias humanas que aparecen en el siglo XIX y XX. Enfocadas así las cosas, es posible que no se entiendan bien las aportaciones sobre el tema de los antiguos, medievales y modernos, pero también es posible que no se entienda la relación que siempre ha existido entre los conocimientos de las ciencias «particulares» y la filosofía, o, por aceptar una afortunada coincidencia histórica que procede del catálogo de las obras de Aristóteles, la relación entre la «física» y la «metafísica».

La pregunta por el ser humano no es exclusiva de la filosofía, como pretende el autor, quien atribuye a las ciencias un interés centrado en aspectos concretos. Estas últimas se interesan también por el ser humano en su totalidad, aunque optan por hacer aportaciones en aspectos más específicos. Aceptando la terminología orteguiana, siempre están asentados en unas creencias y parten de una concepción general del ser humano, pero las dan por supuestas sólo metodológicamente. Esto es, siguiendo la idea de Kuhn sobre los paradigmas, los científicos cuestionan la concepción general de su objeto de estudio en momentos en los que los paradigmas y creencias aceptados entran en crisis y es necesario replantear los supuestos desde la raíz. Eso le pasó a Newton y eso lo pasó a Heisenberg o Schrödinger, por mencionar un par de ejemplos claros.

Si aceptamos esta manera de entender las relaciones entre ciencia y filosofía, nos daremos cuenta de que es una relación constante en la historia que pasa por momentos de escasa ebullición, cuando se comparten lo supuestos sin ponerlos en cuestión, y por momentos de gran tensión, cuando todo debe ser repensado. Es cierto que en la época actual el problema es muy complejo sobre todo porque los saberes han crecido desmesuradamente; la imagen del filósofo solitario que es capaz de pensar en la totalidad del ser cada vez es menos factible y menos realista, pues lo que se impone sobre todo son los trabajos interdisciplinares, en los que colaboran diversas personas, cada una desde el campo que realmente domina para elaborar entre todas nuevos paradigmas que ayuden a encontrar el sentido de lo que se sabe.

Los párrafos anteriores pretenden llamar la atención sobre ciertos problemas que me plantea la lectura del libro, pero no afectan en cierto sentido al contenido de los respectivos capítulos que es, como decía antes, completo y sugerente. El autor divide el contenido en tres partes: estructura (el equipamiento con que cuenta el hombre), determinación («capacidades y procesos que ponen en primer plano el ser del hombre como existencia, como proyecto, como procesos de hacerse») y límites (esos que se sitúan en el centro mismo del ser del hombre, y que lindan con lo religioso). Es la primera parte la que recibe una atención mayor, y la tercera la que ocupa un espacio menor. La división me parece afortunada y supone una aproximación enriquecedora a ese objeto central de la antropología filosófica: la esencia del hombre. Eso sí, no abordo una discusión de calado, provocada tanto por hablar de «esencia» como por utilizar el término «hombre».

Imposible ofrecer ni siquiera un breve resumen de lo mucho que Gabriel Amengual nos expone en los dieciocho capítulos. Podría entablar una discusión casi sobre cada apartado de cada capítulo, en algunos casos discusiones más de fondo y en otros de detalle o matiz. Me voy a limitar, por tanto, a unas observaciones generales.

Poco tengo que comentar sobre los dos primeros capítulos, que hablan del ser humano como ser en el mundo y de la corporalidad. Más reservas me provoca el capítulo dedicada a la afectividad, pues creo que no hace del todo justicia al tema, dedicando poca atención a dimensiones importantes de la vida afectiva, como son los sentimientos, los estados de ánimo o la profunda relación entre sentimientos y razonamiento. En los capítulos dedicados a la afectividad, el lenguaje y la conciencia es donde, desde mi análisis crítico del libro, más claras están las limitaciones que antes mencionaba. Si de emociones hablamos, sorprenden ausencias como la de Robert Solomon o Antonio Damasio, incluso la de Daniel Goleman; y no digamos, el poco uso que hace del fenomenólogo Sartre. En el capítulo sobre el lenguaje no se cita en ningún momento a Wittgenstein, aunque se dice al final que el lenguaje constituye al ser humano, y no hay tampoco ninguna mención de Steven Pinker. Por lo que respecta al capítulo centrado en la conciencia, el tratamiento que se da a las aportaciones actuales de la neurofilosofía es algo superficial, con olvidos como el del Patricia Churchland, autora que quizá aporte más al tema que su esposo Paul, al que sí se cita. Del mismo modo, creo que no se hace justicia al espléndido trabajo realizado sobre este tema por Laín Entralgo, por más que se haga una mención de él al final. Vuelvo a lo dicho antes: es posiblemente el enfoque que da a las relaciones entre las ciencias humanas y sociales y la filosofía lo que puede explicar estas carencias.

Lo anterior, de todos modos, no supone en absoluto una valoración negativa de lo que expone, sino que solo pretende llamar la atención sobre problemas que probablemente sean inevitables en los manuales. Hay, sin embargo, una ausencia que me parece reveladora no tanto de la posición de Gabriel cuanto de ciertos problemas actuales. Es llamativo que en la parte dedicada a la estructura del ser humano no se dedique un capítulo específico a lo que constituye casi con seguridad el rasgo que marca la diferencia cualitativa o de clase entre este y el resto de los seres vivos: somos animales racionales, como bien decía Aristóteles a quien tanto cita el profesor Amengual. Los sociólogos y los psicólogos por un lado, empeñados en marginar el papel de la inteligencia en la vida humana, los etólogos y ecologistas por otro, empeñados en marcar la continuidad entre los otros animales y los seres humanos, procuran hablar poco de inteligencia y razonamiento, cuando es la razón la que nos eleva —sí, nos eleva—, muy por encima de todos los seres vivos, incluidos los más próximos a nosotros. Lástima, porque es mucho y muy bueno lo que se sabe ya sobre esta dimensión fundamental del ser humano.

Las otras dos partes del libro me plantean menos dificultades y su lectura constituye un ejercicio enriquecedor y gratificante, pues refresca y amplía nuestras ideas sobre esos temas. Bien es cierto que me gustaría, de tener tiempo y espacio, discutir algunos puntos concretos, como su planteamiento de la dimensión religiosa, que hubiera merecido todo un capítulo asociado más con la plenitud existencial que con la conciencia del límite; o como su visión sobre la filosofía de la historia, que no acabo de compartir. Echo en falta que sólo utilice a San Agustín para hablar de la temporalidad, pero no de la historia y que no cite a Vico o que haga un uso escaso de las profundas reflexiones de Benjamín. En todo caso, esto es más una virtud del libro en el sentido antes expuesto: su exposición nos ayuda a reflexionar y provoca nuestro curioso deseo de saber más sobre cuestiones cruciales. Y lo mismo digo de la tercera parte, que me ha parecido un acierto, pero que me ha sabido a poco dado que toda la reflexión sobre los límites del ser humano constituye un elemento crucial en la comprensión del mismo y es quizá donde más claro queda algo que Gabriel Amengual considera elemento diferenciador de la antropología filosófica: hacer problema del siempre insuficiente saber sobre los seres humanos. Es el momento reflexivo en el que nos percibimos reflexivamente como problema y asumimos que esa problematicidad no es algo que espera respuesta, sino más bien algo que define nuestra peculiar manera de estar y ser en el mundo.

Félix García Moriyón

MARQUET, Jean-François: *Miroirs de l'identité. La littérature hantée par la philosophie*. (Espejos de la identidad. La literatura encantada por la filosofía). Edición revisada y aumentada. Epílogo de Marc Fumaroli. Les Éditions du Cerf, París, 2009. XVII + 370 pp. ISBN 978-2-204-08829-9.

Jean-François Marquet se ha propuesto en trece estudios devolver a la vida el filósofo sepultado en cada uno de los escritores. También está presente Wagner, gran creador de mitos. Los evoca, los conjura, los hace hablar. Los espejos de la intimidad son la puerta estrecha que pone en comunicación los dos mundos de cada escritor. Si la filosofía parece recogerse, abstraerse y separarse de lo real para poder hablar sobre la realidad, la literatura pretende ser palabra de la realidad misma. Ambas, literatura y filosofía, encuentran su matriz y la expulsión hacia una vida propia en el enigma originario, a quien el autor dedica los dos primeros estudios. Es en la identidad del todo donde la palabra «refleja su propio misterio», es decir, la fórmula enigmática, la adivinanza sagrada, «la palabra que, absolutizándose, refleja su propio misterio».

Desde la intriga con que esperaban las apariciones de las sombras proyectadas en la caverna de Platón, los hombres hemos buscado un medio fiel que nos de una imagen verosímil y veraz de nosotros mismos. La técnica ha permitido que los espejos, abandonadas las lagunas poco manejables y también los ojos, que requieren circunstancias particulares de amistad, se conviertan en un instrumento metafórico para poder hablar de la búsqueda de la intimidad. Nada más simple que su funcionamiento, ni más ingenuo por su espontaneidad, ni más obvio para todos. Pero tampoco nada resulta más paradójico. Se busca la intimidad en el espejo, es decir, en lo otro, distante y distinto. Quizá en el otro y en lo divino. Jean-François dedica los tres últimos ensayos a lo divino, a través de Hölderlin, Kierkegaard y Rilke. Dios o lo divino, por su abrazadora inmanencia y su respetuosa transcendencia, ofrece mejores garantías para definir y abrillantar nuestra identidad. Pero si el espejo es el mismo lenguaje, no debemos olvidar que éste es sintagmático y temporal; distiende la imagen y obliga a esperarla. No basta el concepto solo de la filosofía, ni la «forma única» de la literatura y, concretamente, del poema.

El descubrimiento de lo hondo del Ser Mismo en mí es, a pesar de la aparente inmediatez, una larga e intermitente peregrinación, y una de sus estaciones es la primerísima pregunta, ahora singularizada, ¿por qué hay yo y no más bien nada? Y en este santuario aparentemente vacío, entra también en el juego el revelar y la verdad desnuda, cuya presencia temporal es la palabra encarnada como literatura y filosofía.

A la pasión impaciente por encontrar el puesto del hombre en el Cosmos, para lo cual es necesario trazar el mapa del universo visible e



invisible, con sus líneas geodésicas y sus campos gravitacionales, todo lo cual dará origen a los sistemas autoproclamados veraces y coherentes, se añade la pasión dolorosa por encontrar la identidad del hombre. Esto suele ser la obra de la orfebrería literaria y de su tacto singular. Es esta obra, este dolorido sentir, la tarea de quien camina realmente por campos, montañas y desiertos, detectando manantiales, quizá de un único río subterráneo o de un único mar fundamental. Esto explica que los poetas puedan ser distintos sin contradicción, como varían los manantiales y son glorificados según la sed de cada momento. Ahora no se impone la verdad del sistema coherente ni la articulación deductiva, sino la fidelidad a la tierra y el hervor de la verdad latente.

La irrupción del manantial es también camino de conocimiento, de amor y de perfección. La violencia de la explosión del agua que brota, la rectitud de su salto, la frescura o el calor que expande, sus brillos sin transparencias, descubren e instalan un espacio, un parque habitable. Es el espacio de la contingencia, pero real; la concreción de lo que es... pero evanescente. El poema, la obra literaria tiene la verdad del surtidor y es como un fognazo de luz en el salón de los espejos. El surtidor hilvana perfiles, colores, aromas, frescura y calor, después cae en la piscina uniforme, honda y oscura de la negación.

La obra literaria, como la filosofía, es, a su modo, una exposición cognitiva de lo que Jean-François ha perseguido y apresado en su profunda lectura de una docena de escritores a lo largo de treinta años, y lo ha puesto ante nuestros ojos con precisión y colorido admirables: la perenne inquietud del hombre en búsqueda de una identidad que se nos niega. Casi en el centro del libro y del panorama dibujado con tanto respeto y temblor, ocupando un lugar análogo al del espejo que preside el hogar de los Arnolfini y duplica la identidad y la intimidad del célebre matrimonio pintado por Van Eyck, Jean-François Marquet ha colocado un espejo literario: Proust y su «fiesta inconcebible» y su «placer inconcebible» y su «alegría inconcebible», múltiples espejos del Aleph borgiano, «el inconcebible universo».

Manuel Sánchez del Bosque

MINDÁN MANERO, Manuel: *Historia de la Filosofía y de las Ciencias*.  
Fundación Manuel Mindán e Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 2009. 418 pp.

En septiembre de 2006 falleció, a la edad de 104 años, el profesor Manuel Mindán Manero. Para los alumnos del Instituto «Ramiro de Maeztu» de Madrid fue siempre «el Padre Mindán», por su condición de sa-

cerdote y por su cercanía a los estudiantes. Su iniciación en la filosofía data de los años treinta, en la Universidad de Zaragoza: primero, como discípulo de José Gaos, y, después, como ayudante suyo de cátedra. Posteriormente, en la Universidad de Madrid recibió el magisterio de los profesores: Ortega y Gasset, García Morente, José Gaos, Julián Besteiro y Javier Zubiri. Concluida la Guerra Civil, aceptó la invitación que le hicieron para enseñar en el Instituto «piloto» que próximamente entraría en funcionamiento en Madrid: el «Ramiro de Maeztu». Estuvo adscrito a este Centro hasta su jubilación. Fue catedrático de Filosofía y desempeñó al mismo tiempo cargos directivos.

Una prueba de la gran aceptación que tenían sus clases de Filosofía es el presente libro: *Historia de la Filosofía y de las Ciencias* (1964), el cual fue elegido por muchos Centros públicos y privados como libro de texto de la asignatura. «Historia de la Filosofía y de las Ciencias». Era ésta una asignatura común para los alumnos del Curso Preuniversitario. En este libro de texto aprendió filosofía toda una generación de españoles.

Los coordinadores de la presente reedición, los profesores Joaquín Mindán Navarro y Rafael Lorenzo Alquézar, destacan las siguientes cualidades pedagógicas: claridad y concisión en los conceptos, así como rigor y orden en los temas expuestos. Por otra parte, queda siempre clara su condición de fiel creyente católico y su toma de posición filosófica en este sentido. En cuanto al contenido de la obra, los autores y los temas clásicos de la Historia de la filosofía están bien representados. Por otra parte, la presencia en el manual de los movimientos filosóficos contemporáneos, como la Fenomenología, el Existencialismo, el Neopositivismo, más los capítulos dedicados a Marx, Nietzsche, Bergson, Unamuno y Ortega y Gasset fueron una novedad para los profesores y alumnos de Enseñanza Media de aquellos años (1960-1970), y una posibilidad de explorar nuevas ideas para muchos estudiantes. Lo mismo decimos respecto de los capítulos dedicados a la Ciencia actual y a la del siglo XIX: abrieron a los bachilleres de entonces perspectivas inusuales para conocer mejor el desarrollo científico de su tiempo.

La presente reimpression hace el número 415, a partir de la edición primera en el año 1964. Tiene sentido de homenaje y de recuerdo. Homenaje a este sacerdote aragonés, quien desde la cátedra y la dirección del Instituto de Bachillerato ayudó a varios miles de estudiantes a crecer en sabiduría, virtud y valores humanos. Igualmente, este libro es motivo de recuerdo para algunos, testimonio de una época histórica para otros, y, para todos, un libro de trabajo para repasar y sintetizar conocimientos.

La obra está ilustrada con las efigies de los todos los filósofos y científicos estudiados. Comienza con la Tales de Mileto y concluye con

la de Albert Einstein. Otra novedad pedagógica, digna de ser resaltada, son los esquemas de los 20 capítulos en que se divide la obra, incorporados al final de la misma. Tenían por objeto ayudar al alumno a memorizar el contenido de las lecciones, a la vez que despejan las dudas que pudieran tener al respecto. La Bibliografía final no ha sufrido modificación alguna para la reimpresión.

Consideramos que ha sido un acierto la reedición de la obra en la que tantos jóvenes españoles aprendieron a familiarizarse con las ideas filosóficas. Ésta no es la única obra escrita por el padre Mindán. En sus últimos años de vida publicó una monografía sobre el filósofo y médico aragonés del siglo XVIII Andrés Piquer, así como un interesante libro de memorias, titulado: *Testigo de noventa años de Historia*.

Jorge M. Ayala

GARCÍA DE LEÁNIZ, Ignacio (ed.): *De nobis ipsis silemus. Homenaje a Juan Miguel Palacios*. Encuentro, Madrid, 2010. 638 pp.

Conocí a Don Juan Miguel Palacios en la primavera de 1981 y tuve el privilegio recorrer con él algunas cumbres pedregosas de la *Crítica de la razón práctica* y, algo más tarde, mientras completaba mi servicio militar, de asomarme al océano del temor y el temblor kierkegaardiano. De la media docena de certezas fundamentales que uno saca de sus años de carrera a él le debo más de una. Ha pasado mucho tiempo desde entonces y los estantes de nuestras bibliotecas se han ido llenado de obras punteras de corrientes filosóficas también punteras que hoy ya no lo son. Sin embargo, cuando repaso el trayecto filosófico que separa hoy a mi generación de aquella facultad de filosofía no puedo dejar de pensar que mientras tantos filósofos españoles surcábamos en bandada el amplio cielo de la post-intelectualidad europea, junto a la sierra de Guadarrama alguien había seguido, después de todo, sujetando al toro por los cuernos. Como no son éstos buenos tiempos para la tauromaquia, valga decir manteniendo en Madrid viva la llama de esa espléndida eclosión de inteligencia que fue la facultad de filosofía de la Universidad Central y que suele conocerse como Escuela de Madrid.

Parecía importante no perder de entrada esta dimensión histórica de la obra que presentamos porque en un país donde sobreabunda tanto heredero espurio de la Institución Libre de Enseñanza hay personas que, por sí mismas, imponen el silencio y el respeto que le es debido a esa labor tan extraordinaria que llamamos filosofía. No era pues otra cosa, ni más ni menos, lo que el legado de esa Universidad Central nos pedía. No había doctrina ni camarilla, sino mantener el listón bien alto.

El *best seller* para ejecutivos o la consigna para adolescentes quedaban para otras latitudes, y como la jara y el melojo, también la filosofía madrileña resultaba tener como hábitat óptimo el del rigor. Y eso es precisamente y ante todo la obra que nos traemos entre manos, un excelente y riguroso ejercicio de la mejor filosofía, escrito en homenaje a D. Juan Miguel, y, sobre todo, en amistad y en diálogo permanente con su magisterio y con su ejemplo.

Y tenemos que hacer ahora un poco de bibliotecario y enumerar, para conocimiento del lector, la abundante y sugestiva sucesión de trabajos que componen el volumen. Tras las semblanzas agudas y entrañables que Miguel García-Baró y Leonardo Rodríguez Duplá nos hacen del Juan Miguel Palacios filósofo y profesor, César Casimiro y Manuel Oriol abordan, respectivamente, la lectura que hace Hartmann de la *Ética a Nicómaco* y la voluntariedad e involuntariedad de la acción en Aristóteles. Se abre después un sustancioso apartado consagrado a Kant en el que Manuel Garrido reflexiona sobre el altruismo y el egoísmo en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*; Armando Rigobello estudia el tema de la verdad y el conocimiento de sí mismo en la filosofía trascendental (trabajo en italiano); el profesor Rodríguez Duplá realiza una rigurosa exposición de la noción de religión y su papel en la obra de Kant; Rogelio Rovira presenta una propuesta sistemática para trazar el árbol de las ciencias en Kant y Josef Seifert, y finalmente nos ofrece un brillante análisis crítico del estatuto de la dignidad humana en la filosofía kantiana.

El siguiente apartado del libro agrupa a los trabajos centrados en la ética material de los valores. Mariano Crespo estudia el paralelismo entre lógica y ética las obras de Husserl y Scheler, John Crosby analiza el arrepentimiento en Scheler y en Carol Wojtyla (trabajo en inglés), Pilar Fernández Beites desarrolla la propuesta de libertad y «ordo amoris» como alternativa al existencialismo, Juan José García Norro estudia qué quiere decir que la afectividad es espiritual, Javier Olmo aborda el valor de lo santo en Max Scheler, Javier Palacios confronta el platonismo axiológico de Hartmann frente al empirismo del valor de Scheler; Ignacio Sánchez Cámara y María Albert estudian la crítica de Scheler a la ética kantiana y Sergio Sánchez-Migallón aborda la estratificación de la vida emocional también en Scheler.

Apartado propio tiene después el pensamiento religioso y teológico con un trabajo de Amparo Alba sobre la caridad y la justicia social en el Antiguo Testamento. Sigue un artículo del Cardenal Cottier sobre Hegel y la teología (trabajo en francés) y, finalmente, Ignacio García de Leániz, meritorio editor del volumen, coordinador de la iniciativa y cristizador de todas las energías que han hecho posible este gran libro de sabiduría filosófica –y para completar la hazaña, además, con absoluto sigilo– rea-

liza un sugestivo análisis del fenómeno del arrepentimiento moral en la película *El General de la Rovere*, de Rosellini.

Un último apartado titulado *vida moral y filosofía* se abre con una interesante propuesta de José María Vegas sobre la filosofía de Vladimir Soloviov que se presenta como un *aprender a mirar*; Miguel García-Baró desarrolla el tema de Miguel de Unamuno y el sentimiento eufórico de la vida, Agustín Serrano de Haro estudia la idea de fenómeno en Zubiri, Thomas de Koninck escribe sobre la dignidad humana y la ética, Diego Gracia nos propone una original psicopatología noológica de la moralidad, Alejandro Llano reflexiona sobre naturalismo y ley natural, Ramón Rodríguez nos invita a reflexionar acerca de si la metafísica puede caer en el olvido y Araceli Herrera, finalmente, estudia la seriedad en la filosofía.

Se trata, pues, de un volumen de más de seiscientas páginas en el que 27 filósofos, discípulos y amigos de D. Juan Miguel Palacios, en plena madurez de producción y pensamiento, se muestran a la altura de su legado y nos ofrecen un libro realmente memorable en el panorama de la ética contemporánea. Hay aquí verdaderas joyas de reflexión y, como poco, todos los trabajos que se ofrecen tienen por delante un amplio recorrido académico y argumental que los convierte en referencias inexcusables en sus diversos campos.

Pero no queremos dejarnos abrumar por este inventario de pensamientos y pensadores y perder de vista la figura central de toda la obra. Quiso ser este volumen una sorpresa para el homenajeado y lo consiguió. La diversidad de perfiles académicos y humanos de los autores es también muy grande. Y, con todo, nuestra reseña dejaría pasar por alto lo más importante de la obra si renunciásemos a encontrar algún común denominador, algún aire de familia, que resuma el impacto que ha dejado en nuestro espíritu su lectura. Porque esta obra deja, también en su conjunto, una intensa sensación de unidad que ni la riqueza ni la variedad de su contenido permiten justificar a primera vista.

De hecho, son tres las impresiones generales que predominan junto al valor intrínseco de cada contribución. Y lo primero que nos llama la atención de este volumen es lo bien escrito que está, es decir, la extraordinaria altura que la lengua castellana, como lengua de ensayo y pensamiento, de reflexión y penetración en las cosas, alcanza en el conjunto de esta obra. En un país de complejo intelectual en el que siempre nos ha gustado cavilar a latinajos, primero, y francesajos, germanajos, o inglanajos después, importa recordar de vez en cuando que el español es lengua de primera en el reino del espíritu. Entiéndase bien, entre los colaboradores de esta obra, el más tonto sabe latín, y alemán por añadidura, lo sabe, lo ama y lo trabaja para lo que es menester. Pero eso no quita que, por algún feliz parentesco –y he aquí un primer común de-

nominador, un primer aire de familia—, las plumas que comparten este libro comparten también la herencia más vigorosa de algo que en tiempos hubo en la Universidad Central y que consiste en ese compromiso radical con el cultivo de la lengua de Cervantes.

Viene después, como segunda impresión, la intensa presencia de Juan Miguel Palacios en un libro que, sin embargo, no contiene ni una página suya. Y esta impresión no se sostiene, en absoluto, en la imitación o la recurrencia argumental sino, desde la más rica divergencia de estilos y problemas, en una marcada familiaridad —y es la segunda— en el estilo de pensar. Este estilo se puede resumir en una honestidad intelectual insobornable, una opción manifiesta por el esfuerzo conceptual como método y disciplina de trabajo y en un compromiso radical con el ser humano en su desnudez, dignidad y radicalidad.

Y nos queda, en fin, un último aire de familia que se organiza en torno a una gran preocupación, a una inquietud intelectual básica que recorre toda la obra y que refiero con cierto reparo porque no acabo de quedar conforme con la precisión de mi propio esbozo y adivino algo mucho más profundo todavía. El caso es que ese insondable abismo entre lo que podemos saber y lo que debiéramos querer, que Kant descubre en el corazón de la racionalidad Europea, sigue abierto todavía y esta apertura —y no es poco darse cuenta de ello— sigue siendo un drama en el corazón de nuestro destino y de nuestra sabiduría como gentes del Occidente moderno. El fracaso de quienes han propugnado acomodarnos a esta situación y la insuficiencia de los diversos proyectos de estructura conceptual para salvarlo no pueden dejar de percibirse como el gran problema de la filosofía práctica contemporánea.

Y aquí es donde encontramos, como horizonte común a todas las contribuciones de la obra, la búsqueda profunda, paciente y exigente de don Juan Miguel Palacios y su tarea verdaderamente socrática —y abierta a varias generaciones porque es consciente de su magnitud— de ir aclarando y poniendo a punto una verdadera inteligencia moral para el siglo XXI. Huelga añadir que no hablamos simplemente —aunque también— de una nueva facultad estimativa, o de una superación conceptual del proceso «conocer-valorar-elegir» en su acepción más tradicional, sino de algo mucho más radical que todavía no tiene aún verdadero nombre y que, por tanto, sólo a título de indicación obligada por el propio empuje de mi redacción se me ocurre denominar teoría de la inteligencia moral, o de la inteligencia bondadosa, o del querer inteligente. Escribo esto consciente de que D. Juan Miguel, llegado el caso, y con exquisita delicadeza, nos haría comprender en unas pocas frases lo inadecuado de nuestra sugerencia. En cualquier caso, aquí tenemos el tercer aire de familia y la razón, también, por la que podemos afirmar que, mucho más allá de un entrañable homenaje, este *De Nobis Ipsis Silemus* nos

confronta con las facetas más sugestivas de nuestra actual aventura moral.

No sé si será un exceso de raigambre orteguiana, o un exceso a secas, decir que este homenaje de amistad a la figura y de reconocimiento a la obra del profesor Palacios nos sumerge en el meollo más acuciante y trascendental del verdadero tema de nuestro tiempo, pero desde la altura que sobre el siglo XX nos proporcionan hoy los escombros de tantas torres gemelas se diría que sí.

Ignacio Quintanilla Navarro